

ilustracion para conocer que aquel dolor fue aparente, y de consiguiente, que fue falsa su resurreccion.

Otros hay que resucitan en realidad, es decir, recobran la vida de la gracia por medio de la penitencia; pero su resurreccion es pasajera, pues no dura por mucho tiempo. De esta especie de resurreccion tenemos un famoso ejemplo en el Evangelio. Tan pronto como Jesucristo espiró sobre la cruz, se vieron en el mundo muchos portentos que indicaron claro, que el que acababa de morir era verdadero Dios. Pero el mas asombroso fue, que algunos muertos salieron de sus sepulcros, entraron en Jerusalem, y se aparecieron á varios de sus parientes y conocidos ¹. Pregunto ahora: ¿aquella resurreccion fue verdadera? No cabe duda. ¿Fue perpétua? Segun san Agustin, santo Tomás y otros doctores ilustres, no lo fue, sino que los resucitados volvieron á morir al cabo de algun tiempo ².

Ved aquí una figura de la resurreccion espiritual de muchos pecadores. En llegando á la mitad de la Cuaresma, se preparan para acercarse á los Sacramentos: hacen su exámen, forman su dolor, quitan las ocasiones, y practican cuanto es menester para recibir con fruto la santa absolucion. A favor de estas diligencias, los sepulcros se abren, los muertos resucitan, y los que yacian en las tinieblas de la culpa aparecen unas criaturas del todo nuevas á la vista del mundo. ¡Feliz mudanza! ¡dichosa resurreccion! ¿cuánto tiempo duraréis? ¡Ay! apenas habrán transcurrido algunas semanas volverán á morir, y su segunda muerte será mas fatal que la primera. ¡Oh santa Iglesia! tú rebasas de júbilo viendo la resurreccion de estos hijos tuyos, que poco há llorabas difuntos; pero aguarda, aguarda, que no pasará mucho tiempo sin que hayas de

¹ Matth. xxvii, 53. — ² D. Thom. 3 part. quæst. 53, art. 3.

renovar sobre ellos tu antiguo llanto, viéndolos nuevamente muertos por la culpa.

En fin hay otros cristianos que resucitan de un modo real y duradero, pero imperfecto, es decir, que en su conversion no se notan las hermosas cualidades que acompañaron la resurreccion de Jesucristo. Jesucristo no se contentó con solo resucitar, sino que dejó en el sepulcro todas las flaquezas y debilidades que por nuestro amor habia tomado, restituyó á su cuerpo la hermosura que habia perdido en su dolorosa passion, é hizo que su resurreccion gloriosa fuese pública y notoria á todo el mundo. ¿Qué enseña esto? Que para que una conversion sea perfecta son necesarias tres cosas: primera, dejar todas las dolencias, heridas, llagas y contusiones que el pecado hizo en el alma: segunda, restituir al alma aquella pureza, aquella inocencia, aquellas virtudes que la culpa habia borrado en ella: tercera, aparecer convertido á la vista del prójimo, particularmente á la de aquellos á quienes se tuvo la desgracia de escandalizar, ó fueron sabedores de la mala conducta precedente.

¿Y es esto lo que hacen muchos cristianos al convertirse? ¡Cuántos despues de su conversion muestran todavía las señales de sus culpas pasadas, quiero decir, conservan muchos resabios de los malos hábitos que contrajeron en el tiempo de su mal vivir, al modo que muchos de los que han ido á la guerra, conservan toda la vida las cicatrices de las heridas que recibieron en los combates! ¡Cuántos despues de su conversion quedan indevotos, negligentes, frios en el servicio de Dios, sin medrar en la virtud, sin dar un paso adelante en la perfeccion, sin adquirir un grado de fervor, al modo que muchos de los que han convalecido de una grave enfermedad, quedan por siempre flacos, débiles y enfermizos! ¡Cuántos despues de su conversion tienen gran cuidado de ocultarla al

público, reputando por cosa afrentosa el que se diga que se han convertido, al modo que algunos judíos, teniendo por afrenta tratar públicamente con Jesucristo, iban á encontrarle de noche por no ser vistos ni conocidos!

Héos aquí, fieles, el modo con que muchos pecadores resucitan de la culpa en este santo tiempo : unos solo resucitan en apariencia, esto es, parecen vivos, y están muertos : otros solo resucitan de paso, esto es, viven algunos dias, y despues vuelven á morir : otros solo resucitan á medias, esto es, recobran la gracia, pero quedan débiles en la virtud. No sea así vuestra resurreccion, cristianos míos. Si todavía no habeis verdaderamente resucitado, haced una nueva confesion que supla la insuficiencia de la que habeis hecho : si habeis resucitado en realidad, perseverad en la gracia que habeis recibido : si ya teneis la gracia, haced que vaya creciendo siempre, dando cada dia nuevos frutos de virtud y santidad. De este modo, despues de haber hecho una resurreccion enteramente conforme á la de Jesucristo, resucitaréis gloriosamente en la eternidad bienaventurada. Amen.

El por qué de la resurreccion de la carne.

Surrexit. (Marc. xvi, 6).

¿Quién lo diria, cristianos, que entre los *alleluias* de un dia tan alegre y festivo como el de hoy, se hiciese un entierro y un funeral? ¿Un entierro? me diréis, ¿un funeral? ¿y de quién?—De la muerte, que murió el viernes pasado á las tres de la tarde, hora precisa en que espiró sobre la cruz el Autor de la vida : *Mors mortua tunc est in ligno, quando mortua vita fuit*. En aquella hora memorable la vida y la muerte entraron en un desafio pasmoso : *Mors et vita duello conflixerunt*.

re mirando : el combate fue tan sangriento y reñido, que una y otra quedaron tendidas sobre el campo ; pero con esta diferencia, que el Autor de la vida ha vuelto hoy á vivir, y la muerte ha quedado muerta por siempre : *Dux vitæ mortuus regnat vivus... mors mortua est*.

Yo os veo atónitos, cristianos, y me parece vais á preguntarme : ¿cómo puede decirse que la muerte haya muerto, cuando todos los dias está haciendo víctimas entre nosotros? —Verdad es que todos morimos, pero ¿acaso morimos por siempre? No, dice san Pablo, porque el que hoy ha resucitado á Jesucristo de entre los muertos, nos resucitará tambien á nosotros otro dia : *Qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitabit*¹. No basta que nuestra alma viva eternamente con Dios en el cielo, es menester que nuestros cuerpos vivan tambien eternamente con el alma, disfrutando de su misma dicha, y participando de su misma felicidad : *Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem*². Si nuestros cuerpos no hubiesen de participar de la bienaventuranza del alma en el paraíso, ¿quién tendria ánimo para mortificarlo ahora, y sujetarlo á las grandes privaciones y penalidades que le impone nuestra Religion? ¿Cómo el alma pudiera estar plenamente satisfecha en el cielo, no haciendo participante de su felicidad á quien tanto la ha ayudado á merecerla? ¿Dónde estaria la justicia de Dios, si no llamase á disfrutar de la corona á quien tanta parte ha tomado en los combates, y tanta gloria ha adquirido en el triunfo? Por estas tres razones, que ahora no hago mas que tocar, pero que luego explanaré con toda la extension necesaria, se comprende cuán justo, y cuán debido es que venga un dia en que nuestra carne resucite, y viva eternamente con Dios. Escu-

¹ II Cor. iv, 14. — ² I Cor. xv, 53.

chadme atentamente, que hoy confio haceros oír cosas que os animarán á ser buenos, y os harán suaves todos los sacrificios que la Religion exige de vuestros cuerpos.

No vacilo en afirmar, que si no hubiese la esperanza segura de que nuestros cuerpos resucitarán, y junto con el alma subirán al cielo á disfrutar de los premios á que se hayan hecho acreedores en este mundo, apenas habria quien tuviese valor para sujetarlo á las leyes duras que nos impone nuestra Religion. Vosotros sabeis que, al paso que todas las demás religiones son sumamente complacientes con el cuerpo, concediéndole todo género de satisfacciones y placeres, la nuestra es para con él tan áspera y severa, que parece solo ha venido al mundo para mortificarlo.

No es mi ánimo recorrer aquí todas las leyes penosas que nuestra santa Religion impone á la carne, porque para esto necesitaria mas tiempo del que puedo disponer; pero no puedo dispensarme de citar algunas. ¿Qué ley tan penosa á la carne no es aquella que, so pena de condenacion, y condenacion eterna, nos prohíbe toda accion, todo deseo, todo pensamiento que huela á impureza? *Neque fornicarii, neque molles... regnum Dei possidebunt*¹. ¿Qué ley tan mortificante no es aquella que nos manda amar á los que nos aborrecen, hacer bien á quien nos hace mal, bendecir á los que nos persiguen? *Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus vos*². ¿Qué ley tan gravosa no es aquella que nos intima arrancarnos el ojo, cortarnos la mano, siempre que nos sean ocasion de ofender á Dios? *Si oculus tuus... si dextra manus tua scandalizat te, erue, projice abs te*³. ¿Qué

¹ I Cor. vi, 10. — ² Matth. v, 44. — ³ Ibid. 29, 30.

ley tan áspera no es aquella que nos obliga á ofrecer la mejilla izquierda á quien nos hiere en la derecha, y á ceder la capa á quien nos disputa la túnica? *Si quis te percusserit in dexteram maxillam, præbe illi et alteram... et ei qui vult tunicam tuam tollere, dimitte ei et pallium*¹. ¿Qué ley tan insopor- table no es aquella que nos precisa á aborrecer al padre, á la madre, etc., siempre que su amor sea un obstáculo para servir á Jesucristo? *Si quis... non odit patrem, et matrem, ... non potest meus esse discipulus*². ¿Qué ley, en fin, tan severa no es aquella que nos estrecha á sufrir el destierro, la pérdida de los bienes, y hasta la misma muerte, primero que negar un solo artículo de nuestra fe? *Nolite timere eos qui occidunt corpus*³.

Y bien, cristianos, ¿quién tendria valor para sujetar su cuerpo á leyes tan duras y repugnantes, si no supiese que este mismo cuerpo recibirá en el cielo el galardón de sus sacrificios? Vírgenes inocentísimas que, encerradas dentro los claustros, y entregadas á la cruz y á la abnegacion, haceis de vuestros cuerpos vivas hostias de la castidad, ¿tendríais valor para hacer lo que haceis, si no supiéseis que esos cuerpos, ahora afligidos y crucificados, resucitarán un dia, y brillarán entre los mas puros Serafines? Mártires invictos, que por no desmentir vuestra fe abandonásteis vuestros cuerpos á las cadenas, á las espadas y á las cruces, ¿hubiérais tenido ánimo para sufrir tales tormentos, si no hubiéseis alimentado la dulce esperanza de que un dia recobraríais los miembros destrozados, y resplandeceríais como soles en el cielo? Confesores ilustres, que maceráis vuestra carne con abstinencias, vigiliias y privaciones, ¿la trataríais así, si no esperáseis que algun dia se levantará del polvo de la tumba, y

¹ Matth. v, 39, 40. — ² Luc. xiv, 26. — ³ Matth. x, 28.

será glorificada en el paraíso? ¿Qué es, decidlo, lo que os inspira esa santa crueldad contra vuestra carne, la cual tratáis como si fuera de bronce?

¡Ah cristianos! si no es la esperanza de la resurreccion, yo no sé qué otra cosa pueda ser. Y esta misma esperanza ¿no os animará á vosotros á privaros con gusto de aquellas satisfacciones corporales que os prohíbe el Evangelio? Si nuestra Religion os dijese que debíais renunciarlas por siempre, podria esto pareceros una cosa dura é insoportable, pero la Religion no os dice tal cosa. No os dice, ó mundanos, que os priveis por siempre del placer que hallais en escuchar esas músicas que resuenan en vuestros teatros : lo que os dice es, que os priveis de él por algun tiempo, hasta que, resucitados, podais disfrutarlo en el cielo, y de un modo mas puro y permanente. No os dice, ó glotonos, que os priveis eternamente del gusto que percibís en las viandas sabrosas : lo que os dice es, que aguardéis un poco, hasta que podais recrearos con el gusto de aquellas viandas infinitamente mas exquisitas que se sirven en el convite del empíreo. No os dice, ó jóvenes, que renunciéis por siempre la satisfaccion que hallais en la vista y en el trato de una hermosura frágil y postiza : lo que os dice es, que por ahora no es tiempo de esto, que ya vendrá dia en que en el paraíso veréis y trataréis otras hermosuras incomparablemente mas embelesadoras. Por manera, que la Religion os promete aquellos mismos gustos corporales que vosotros tanto deseais, con esta sola diferencia, que vosotros los deseais súcios y groseros, y ella quiere que los goceis puros y espirituales : vosotros los deseais superficiales y defectuosos, y ella quiere hacéroslos disfrutar llenos y perfectos : vosotros los deseais por cuatro dias, y ella quiere dároslos por toda la eternidad. Si con esta esperanza ella no logra que os sujeteis de buena voluntad á las leyes peno-

sas que os impone, francamente lo digo, no atino otro título mas poderoso por el cual pueda lograrlo.

Ni tampoco comprendo cómo nuestra alma pudiera estar plenamente contenta en el cielo, si no tuviese al cuerpo en su compañía, y no le hiciese participante de aquella felicidad, que él le ha ayudado tanto á conseguir. ¿Qué puede hacer el alma sin la ayuda del cuerpo? Ni una sola operacion, por mínima que sea. Si quiere formar un pensamiento, es menester que el cuerpo le suministre las especies : si quiere expresar una idea, es necesario que el cuerpo le preste las palabras : si quiere manifestar su dolor, es indispensable que el cuerpo contribuya con sus lágrimas y suspiros. En vano para ella brillaran tantas estrellas en el firmamento, si el cuerpo se negase á mirarlas : en vano serian para ella todas las maravillas que hay en el mundo, si los sentidos se resistiesen á percibir las.

Figuraos, de consiguiente, qué amor no cobra el alma á un cuerpo del cual se ve tan bien servida, y sin cuyo concurso no puede decir una palabra, dar un paso, ni formar un pensamiento. ¡Ah! es tal el amor que le profesa, que nada teme tanto como su mal, ni nada desea mas que su bien. ¿Cómo quereis, pues, que ella no desee vivamente tenerlo por compañero en el cielo, á fin de compartir con él el premio que todos juntos merecieron?

Mirad un buen general : ¿acaso se contenta con reportar él solo el premio de la victoria? No, sino que procura sean premiados tambien los soldados que de cualquier modo le han ayudado á conseguirla : y así veréis que reparte premios á todos, no solo á los capitanes que han ido al frente de las compañías, no solo á los granaderos que han entrado los primeros en el combate, no solo á los gastadores que han formado puentes

y establecido las baterías, sino tambien á los que, ó por cansancio, ó por enfermedad, no han podido tomar una parte directa en la accion, y han quedado en el campamento á custodiar las municiones. Pues si un buen general quiere que reciba premio el soldado que solo ha contribuido indirectamente á conseguir la victoria, ¿puede el alma bienaventurada dejar de desear que participe del premio aquel cuerpo que peleó con ella en cási todos los combates que sostuvo en este mundo, y fue quien recibió en la refriega los principales golpes y heridas? ¡Ah! ella sabe bien que el cuerpo fue quien principalmente sintió la fatiga de la oracion, la molestia de la vigilia, la penalidad del ayuno y la aspereza de la disciplina: ella sabe bien que quien padeció en los combates de la impureza no fue ella, sino el cuerpo; que quien sintió la privacion de los placeres del mundo no fue ella, sino el cuerpo; que quien sufrió el hambre, la sed y las enfermedades no fue ella, sino el cuerpo. Y despues de esto, ¿quereis que ella desee para sí sola toda la gloria, y que el cuerpo quede sin recompensa? Si así fuese, muy pocos serian los que quisiesen sacrificar la propia comodidad, sabiendo que este sacrificio solo habia de redundar en provecho del alma.

Mas diré: parece que la misma justicia de Dios no quedaria del todo airosa con nosotros, si despues de haber ella exigido tantos sacrificios á nuestro cuerpo, no le diese su premio correspondiente en el cielo. Perdonadme, Dios mio, este modo de hablar, que no tiene otro objeto que el de hacer mas ostensible y recomendable vuestra justicia á unas frágiles criaturas, que mas se mueven por los objetos sensibles, que por los espirituales y abstractos. Suponed, cristianos, que Dios no nos hubiese preparado otra felicidad en el cielo, que aquella de que hablaba san Pablo cuando decia: «que ni el ojo vió, ni el en-

«tendimiento comprendió, ni el corazon humano era capaz de «desear¹:» suponed que toda la dicha del paraíso consistiese en ver á Dios, en conocer sus atributos, en admirar sus infinitas perfecciones, sin tener cosa alguna que interesase á nuestros sentidos corporales, ¿qué nos responderíais cuando nosotros os predicásemos sobre esta felicidad toda abstracta y espiritual? Temo nos diríais lo que dijeron los hebreos en vista del maná: *Anima nostra nauseat super cibo isto levissimo*²: ¡oh qué bienaventuranza tan insípida es la que nos proponeis! ¡oh qué bienes tan desabridos! ¿Y por esos bienes, solo perceptibles al entendimiento, quereis que renunciemos tantos otros, que son palpables y lisonjeros á los sentidos?—Que nos hablaríais así, lo infiero de lo mismo que noto en vosotros siempre que se os predica del cielo. Mientras solo se os habla de lo que pertenece á la gloria del alma, el uno bosteza, el otro duerme, el otro está á punto de dormirse; pero tan pronto como se trata de lo que toca á la dicha del cuerpo, y se os explican las cosas hermosas que allá verán vuestros ojos, los olores inefables que recrearán vuestro olfato, las músicas armoniosas que herirán vuestros oidos, ¡ah! todos al punto despertais, todos os poneis tan atentos, que parece no teneis bastante oido para escuchar. ¡Tal es nuestra condicion y miseria! ¡Tal es la inclinacion que tenemos á los bienes sensibles y corporales!

En vista de esto ¿qué ha debido hacer la Justicia divina siempre propensa á tolerar los defectos humanos? Acomodarse á una tal inclinacion, preparándonos en el cielo bienes corporales y sensibles, y disponiendo que nuestros cuerpos resucitados vayan algun dia á disfrutarlos. Ya que no os tendríais por felices, parece nos ha dicho Dios, si en el cielo no pudié-

¹ I Cor. II, 9. — ² Num. XXI, 5.

seis disfrutar de gustos semejantes á los que disfrutais en ese mundo, sabed que os los tengo preparados en abundancia. No será sola vuestra alma la que será feliz contemplando mi esencia; será tambien feliz el cuerpo, cuyos sentidos recrearé con inefables dulzuras. Cada sentido tendrá su placer propio y especial: los ojos verán hermosuras admirables, los oidos percibirán cánticos melodiosísimos, el olfato sentirá olores los mas exquisitos, el gusto experimentará sabores los mas delicados, el tacto será recreado con placeres tan puros como arrebatadores.

¿Qué mas se os puede decir, cristianos, para animaros á servir fielmente á Dios? La Religion, es verdad, os impone leyes duras á la carne; pero esta misma Religion os asegura que la carne resucitada subirá tambien al cielo á recibir la paga de sus sacrificios. El alma, es cierto, exige del cuerpo que la ayude en la obra de su santificacion; pero esta misma alma no estará plenamente satisfecha, mientras no tenga al cuerpo por compañero de su eterna felicidad. Dios, no cabe duda, pide nuestros servicios corporales mientras vivamos en este mundo; pero este mismo Dios nos hace saber que no faltará al cuerpo su premio y su recompensa. ¡Ah, Dios mio! si así ha de ser, pedid de nuestro cuerpo cuanto querais. Sufra este cuerpo miserable cuanto Vos tengais á bien ordenar, sufra el hambre, sufra la sed, sufra la muerte. ¡Dichoso él, que despues de haber sido aniquilado, á manera del grano de trigo echado en la tierra, resucitará un dia, é irá á disfrutar de las inefables dulzuras del paraíso! Amen.

PRIMER DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

Nada especial ocurre advertir sobre este domingo: solo hay que recordar á los curas que, debiendo suponer que sus feligreses han ya cumplido el precepto pascual, y de consiguiente que están en gracia de Dios, todo su cuidado ha de ser hacerles comprender toda la dicha de su nuevo estado, y exhortarlos á perseverar constantemente en él. El evangelio del dia no puede ser mas á propósito para esto: y si el cura lo medita bien, verá que la Iglesia no ha podido tener otro intento al designarlo, que darle ocasion de predicar sobre estos dos interesantísimos puntos: la paz de la buena conciencia, y la perseverancia en la gracia recibida. Aunque, como acabamos de decir, estos dos asuntos son de sumo interés, parécenos sin embargo que el segundo está destinado á producir mas fruto: y por esto el primero solo lo propondremos en bosquejo, y el segundo lo daremos íntegro y acabado.

Para predicar sobre la paz de la conciencia, se toma el texto: Pax vobis, y sobre él se discurre así: «Hoy, que es el dia octavo de la gran solemnidad de la Pascua, la Iglesia nos pone á la vista dos apariciones de Jesucristo á sus discípulos, una que se verificó el mismo dia de su resurreccion, y otra que tuvo lugar ocho dias despues. En una y otra la primera palabra que el Salvador dirigió á sus Apóstoles fue esta: La paz sea con vosotros: Pax vobis. Igual saludo debo dar hoy á todos mis feligreses reunidos en este templo, y por cierto que no lo doy por puro cumplimiento ó ceremonia, sino con toda la efu-